

EL CAPITÁN DE FRAGATA VARELA ULLOA: UN ADELANTADO DE SU TIEMPO

José CERVERA PERY

Correspondiente de la Real Academia de la Historia
General auditor

El veedor de Biafra



A contribución de la Marina española a la historia de los antiguos territorios del golfo de Guinea (hoy República de Guinea Ecuatorial) ha sido en muchos casos decisiva y trascendente. Sin embargo, no es demasiado conocida y mucho menos ha sido suficientemente valorada en sus esfuerzos y alcances. El componente naval o marítimo, en lo que fuera colonia, provincia, o incluso en el régimen de autonomía previo a su independencia, estuvo siempre en primera línea de hechos y actitudes. Buneo será por tanto recordar algo de los logros y frustraciones, pero sobre todo de los grandes sacrificios y privaciones, de estos adelantados que tanta historia hicieron en aquellas lejanas y un día entrañables tierras españolas.

El capitán de fragata José de Varela y Ulloa, comandante en jefe del mando naval de la expedición militar del conde de Argelejos en 1778 y comandante de la fragata *Santa Catalina*, le cupo en suerte ser el primer marino destacado español cuyos ojos contemplaran por primera vez la isla de Fernando Poo. Si la real mente de Carlos III hubiera discurrido algún título o atributo para conmemorar el acontecimiento, no hubiese encontrado otro mejor y más sonoro que el de «veedor de Biafra», que bien orgullosamente pudieran ostentar los descendientes de este primer serviola ecuatorial de España.

La expedición para la toma de posesión de Fernando Poo y Annobon —islas cedidas por Portugal a perpetuidad a la Corona de España en virtud de lo estipulado en el Tratado del Pardo suscrito el 24 de marzo de 1778 entre Carlos III y María de Portugal— es eminentemente naval; no puede serlo de otro modo, aunque sus jefes militares sean el brigadier del Ejército conde de Argelejos, comisario real para la aceptación de dichas islas, y el teniente coronel Primo de Rivera, experto militar y técnico en fortificaciones. La expedición se hizo a la vela desde Montevideo integrada por dos fragatas, las *Santa Catalina* y *Soledad*, y un bergantín, el *Santiago*. La primera mandada por el capitán de fragata Varela Ulloa, y la segunda por el del mismo empleo y graduación Ramón Topete, padre de los que después serán famosos marinos,

Ramón y Juan Bautista, y el bergantín por el teniente de navío José de Grandallana, uno de los primeros oficiales españoles que rendirán tributo de sus vidas en las inhóspitas tierras tropicales de aquellos tiempos.

Las vicisitudes y resultados de la expedición de Argelejos corresponde propiamente a la historia general de Fernando Poo, aunque en ella juegue la Armada un papel predominante. Obligado será, por tanto, presentar a nuestro personaje, mostrando la figura no sólo del marino, sino también del estudioso, primer biógrafo de la Guinea, pues con anterioridad a su libro, *Descripción de la isla de Fernando Poo*, no se había escrito en lengua hispana nada sobre la llamada Perla de Biafra.

Si estos títulos ya lo avalan para incorporarlo con el mayor merecimiento a la vanguardia de los adelantados de ultramar, su trayectoria biográfica despierta el interés por su persona. Oriundo de Galicia, Varela Ulloa fue marino por vocación y por temperamento y, como en la época de su juventud —allá por la mitad del siglo XVIII—, ardor guerrero y saber científico andaban bien armonizados, tuvo bien pronto de lo uno y de lo otro. De alférez de navío alternaba el embarco en buques con patentes de corso para la represión de la piratería, con la enseñanza de los guardias marinas como tercer maestro, no sieno por tanto de extrañar que a la postre su rigor científico se impusiera sobre el temperamento militar. Ya en el grado superior, forma parte de la dotación de la fragata *Rosalía*, que situó la isla de Trinidad en el océano austral. Tenía entonces treinta y un años y un carácter apasionado y patriótico, en el que conjugaban juventud física con una madurez avezada ya en muchos años de servicio.



Viejo dibujo de Fernando Poo tomado de un libro del explorador inglés Tomas Hutchisson.

Su tradición africanista se confirma cuando, destacado en la fragata francesa *Espliegue*, levanta con notable pericia cartas hidrográficas de la costa africana, que después se incluyeron en el *Atlas Marítimo de España*; y en este cometido llega el año de 1778 en que es designado para el mando naval de la expedición que, a consecuencias de los tratados con Portugal, debía tomar posesión de las islas de Fernando Poo y Annobon, y cuyo relato y resultado comporta una auténtica novela de aventuras que habrá que revivir algún día.

A Varela Ulloa se debe, por interesantísima comunicación dirigida al ministro Gálvez, el conocimiento en relato exacto y minucioso de todo lo sucedido en Guinea a partir del 27 de septiembre de 1778, siendo un modelo de informe por su sobriedad, concreción y ajuste (1). En este documento explica la anomalía del retraso de la llegada de la fragata portuguesa *Nuestra Señora de Gracia*, según la versión que le hace su comandante frey Cayetano de Castro, que hace incluso sospechar a nuestro marino de la buena voluntad de las intenciones lusas para la entrega de Fernando Poo. Con buen conocimiento de causa, formula al ministro el siguiente comentario: «A la verdad son bien extraños los incidentes o caprichos del mar; pero no puedo por menos que decir que en el suceso de la fragata Nuestra Señora de Gracia tuvo una gran parte la mala derrota que se practicó, pues querer venir desde Europa al meridiano de Guinea cortando la línea por el meridiano de Fierro, y ciñendo después en vuelta del este para recalar a la isla de Santo Tomé o el cabo Lope Gonçalves, como se intentó, es un empeño superior a nuestras fuerzas».

También describe de forma concisa y objetiva la toma de posesión de la isla de Fernando Poo del siguiente modo: «El 24 de octubre por la mañana bajaron los dos comisionados (Argelejos y Castro) a tierra con un destacamento de tropas portuguesas y varios oficiales de Marina y Ejército, y habiendo llegado a un paraje que se descubría desde la fragata *Santa Catalina* mandó el señor Castro a su escribano que leyese en voz alta el pliego de la Reina Fidelísima en el cual se le autorizaba a venir al Golfo de Guinea con el fin de entregar al Comisario del Rey Católico las islas de Fernando Poo y Annobon cedidas a la corte de España en el último tratado de paz. Ejecutado esto, dijo el comisario portugués al conde de Argelejos que en virtud de los poderes que le había conferido la Señora Reina, le entregaba la isla de Fernando Poo con todos los derechos, acciones y dominios que tenía en ella la Corona de Portugal, para que en iguales términos la poseyese el Rey de España, a quien debían reconocer los habitantes como a dueño y señor. El Brigadier conde de Argelejos, proclamó entonces a S. M. Carlos III, como Rey de

(1) Archivo General de Indias de Sevilla. Legajos 41 al 44 de la Audiencia de Buenos Aires.

CERVERA PERY, JOSÉ: *La Marina española en Guinea Ecuatorial (sentido y grandeza de una aportación histórica)*.—Santa Isabel, Madrid, 1968.



La vieja plaza de España, con la bahía de Santa Isabel al fondo.

Fernando Poo, arbolando en aquella isla la bandera española, que saludamos con siete voces de ¡Viva el Rey!, y aunque en las instrucciones se preveía que lo ejecutase también con una triple descarga de 21 cañonazos, me pareció conveniente omitirla para no atemorizar a los habitantes, que sin este motivo abandonaron el puerto desde el día que entramos en él».

De este importante acto, se ha transcrito repetidas veces el texto íntegro de la toma de posesión, en la que firman su intervención como testigos los marinos españoles teniente de fragata Baltasar Mexía de la Cerda y José Esquerra Eguirior y alférez de navío Luis de Ágreda.

La muerte del brigadier conde de Argelejos, ocurrida el 14 de noviembre de 1778, es también conocida en la metrópoli por sucinta comunicación de Varela de Ulloa, después de haberla puesto en conocimiento del teniente coronel Primo de Rivera, que navegaba en la *Soledad*.

No queda mucho tiempo Varela Ulloa en las islas guineanas después del fallecimiento de Argelejos, ya que al año siguiente es llamado a informar, por lo que vuelve a España, mientras que Primo de Rivera espera nuevas instrucciones en Santo Tomé para su entrada en Annobon. Sin embargo, el tiempo de permanencia de Varela Ulloa en las islas fue bien aprovechado, pues además del libro citado en el que expone valiosas instrucciones náuticas para su reconocimiento y situación, así como para la más eficaz toma de fondeaderos, levanta las primeras cartas náuticas de Fernando Poo, cuyos originales se

conservan en el Instituto Hidrográfico de la Armada. Varela Ulloa es también quien bautiza los picos de Santa Catalina y Soledad (en recuerdo de los buques de la expedición), y quien da el nombre de punta Argelejos a uno de los salientes del este de la isla. También hizo una amplia reseña de Annobon, escenificando cuanto vio en ella, y haciendo uso de las referencias que pudo lograr, teniendo tiempo aún de situar geográficamente las islas de Santo Tomé y Príncipe. Numerosísima documentación, que sería exhaustiva citar, enriquece los legajos del Archivo General de Simancas.

Días gloriosos esperaban aún a Varela Ulloa en posteriores singladuras. Mandó el navío *Rayo*, que tan brillantemente habría de batirse años más tarde en Trafalgar, y situó astronómicamente las ciudades de Montevideo y Buenos Aires. De sus trabajos científicos hay abundante constancia en la cartografía naval. Qué, excelente geógrafo, experimentado naturalista y hábil político que, sobre todo, dirigió las primeras miradas de un marino español a la bien llamado isla Fermosa, más tarde Fernando Poo, y actual Bioko en la nueva nomenclatura del nuevo país.

Los otros adelantados

Pero no sería justo dejar en el olvido a los otros adelantados, junto a Varela Ulloa, de la aportación marinera en Guinea. Los tenientes de navío Guillermo Carbonell y José de Grandallana. El primero de ellos, comandante de la zuma-ca *Nuestra Señora de la Concepción*, practica en 1779 el primer reconocimiento minucioso de la isla de Fernando Poo, con el encargo de que en razón de ese reconocimiento proponga el paraje más a propósito para situar en ella el primer establecimiento español. Carbonell, en complicada navegación, circunvaló la isla, recalando en los lugares más difíciles, puso nombre a la bahía de la Concepción y a las ensenadas del Canal, la Luz y los Pájaros; reconoció cuidadosamente la bahía de San Carlos y, terminada su misión, regresó a Santo Tomé para dar cuenta del resultado de su misión al teniente de navío Grandallana, comandante del bergantín *Santiago*, en aquellos momentos la más significada autoridad naval expedicionaria, quien a la vez, con todo rigor y asesoramiento, entregó su informe a Primo de Rivera.

Será precisamente el teniente de navío Grandallana —uno de los primeros muertos de la Marina española en Fernando Poo— quien informe de la conveniencia de establecer un primer destacamento español en la ensenada de la Concepción con atinados consejos y razonamientos, y en este asentamiento, inicialmente muy limitado, culminará el primer ensayo de la presencia española en Guinea, en que a pesar de lo infructuoso e ineficaz de sus resultados y consecuencias, la Marina aporta lo mejor y más sano del mismo, evidenciando una capacidad de sacrificio y disciplina, premonitores de los días que aún le quedan por vivir.



Viejo dibujo de Fernando Poo tomado de un libro del explorador inglés Tomas Hutchisson.

Mucho tiempo antes que ningún misionero, finquero, comerciante o colonizador, sentasen huella en la isla de Fernando Poo, ya habían ofrecido sus vidas al servicio de España los primeros marinos que, junto a Varela Ulloa, avistaron Guinea en visual primicia: los referidos Carbonell y Grandallana, junto al médico cirujano Sebastián de Montes, primer adelantado de la medicina tropical. Junto a ellos treinta y siete humildes marineros, de los que dieciocho hay enterrados en Concepción, y siete esperan la resurrección de la carne en las profundidades oceánicas. Ninguno de ellos venía con ansias de riqueza, ni a lograr o acaparar hectáreas. Ningunos de ellos tuvo nunca la mente enfrebecida por el cacao, el café o la madera, Aquella gente que enferma y abandonada se consumía en un lugar del este de la isla, sin esperanza de relevos, sin privilegios, ayudas o subvenciones, sólo alentaban una razón de vida, un ideal señero, mentor de la presencia hispana para alcanzar en ella una tangible voluntad de permanencia con la bandera española alzada, planeando al viento inhóspito, aun a despecho del propio olvido, el abandono, la incomprensión o la desesperanza.